

Viaje barrocodélico a los confines de la lengua

Por Silvina Mercadal

Posfacio a la edición de *Lenguatomada* de Augusto Munaro (RIL editora, 2023)



La página inicial de la novela-idea *Catatau* de Paulo Leminski dice lo siguiente: “REPUGNATIO BENEVOLENTIAE. Me niego a ministrar claros para la inteligencia deste catatau que, por ocho años, ahora, la pasó muy bien sin mapas. Arréglense.” Algo similar se puede decir de *Lengua tomada* de Augusto Munaro, su novela-ensayo no proporciona claros porque se sitúa dentro de la tradición hermética cuya política del signo se opone a una forma única de razón, y aún más, contraviene los dictados de la comunidad bienescribiente. La colección de citas del comienzo induce ya una pesquisa. ¿Cuál de todas esas referencias configura el diagrama íntimo de la lengua en Munaro? Aquí la lengua está en cuestión e ingresa en una máquina disolvente que desconcierta, pero esta operatoria de micro-relatos – porque hay relato y es múltiple– prefiere seguir cursos aleatorios, donde afirma su derecho al delirio (sensu Barthes) en las junturas del signo, a la vez hace saltar los cerrojos de la gramática. Quizás el diagrama se pueda reconocer escamoteado en la ¿auto-cita? “la consciencia no tiene gramática”, aunque en una inversión, pues el inconsciente es el desarmadero, e incluso el *deux ex machina*.

En el precedente *Gesta Cornú* (2013) la lengua se carnavaliza –otra genialidad– pues la dicotomía bajtiniana alto/bajo pasa del espacio social a la lengua en estado de inmixión –mixtura de alteridades inconciliables–, mientras en *Lengua tomada* ingresan todo tipo de detritus verbales hiper-lúcidos que sería interesante deslindar (aunque no me cabe cavar y al exceso colocar un cepo). Si retomamos la idea de diagrama –de la cantera de dones de Reynaldo Jiménez– el inconsciente agramatical se consume en un juego de relatos y figuras disímiles, permutaciones y relaciones que concluyen los “germinosos desvíos” en la coloquial interjección “sanseacabó”.

En tal juego de variaciones atiborradas de matices –trucos de magia blanca– se desenrolla un papiro alucinado de eras simultáneas mientras se ensaya una teoría de la lengua tomada, es decir –metáfora bélica intercesora– de la lengua conquistada, ocupada, invadida, dominada, capturada. Aunque en la incerteza beckettiana de una música difícil escuchada por primera vez, o vuelta a escuchar en cada tentativa por domeñar –en la letra– ensueños recurrentes, mandatos denegados, recuerdos encubridores, acaso ¿al acaso? En la tarea de perforar la lengua poco a poco emergen líquidas gemas –una poética astillada y gelatinosa– que oscila entre el vacío y la diadema, destroza el puente de plata con su política, pues el trabajo americano consiste en devorar “todas las especies universales para exhibirlas en la debilidad de su certeza, en la falsedad o distorsión de su imagen” (Libertella, *Las sagradas escrituras*).

En cada página un trip –alto viaje barrocodélico–, como aquella miniatura paródica -en contra de la oda y el hado- del zorzal de estampita:

“¡Él, el engominado del Abasto que nació sustantivo fakiresco y murió adjetivo! Con su voz, patrimonio cultural de la humanidad, he resucitado muertos comidos por Dios. Eh sacado viejitas del coma, E logrado **grandes** inversionistas apostar a esta reblandecida Gran Aldea Sudamericana.”

Por último –viaje donde no hay confín–, la ficción teórica que ensaya Munaro está diseminada en capas superpuestas –en medio de un trance onírico– e incluye una reflexión que no se estabiliza –evade la fijeza– en torno a la lengua, su escucha (entre cacareos obscenos, discursos gomosos, bizarrías rutilantes, fantástico caos), reflexión decíamos –y flexión– acerca de la ilusión figurativa, la fricción de ideas, el descalabro del sentido, la deserción por la literatura, la envoltura oceánica del discurso, y aún más, el postulado de la propia máquina de lectura y herejía.



Ilustración: Eduardo Zabala
Plebella Nube
plebellanube.wordpress.com
iimxxiii